
Amo mi profesión, pero no soy monedita de oro

Adriana Piedad García Herrera

Doctora en educación. Docente-investigadora de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. adrianapiedad.garcia@bycenj.edu.mx

Con el paso de los años he construido mi propia forma de ser docente, pero cuando una de las características de la profesión es la relación con otros se manifiesta esa gran diversidad de construcciones de la docencia y de formas de amar la profesión. Siempre me acuerdo de una experiencia cuando recibí la evaluación que me hicieron mis alumnos de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco: una alumna me puso el puntaje mínimo y otra me puso el máximo, y lo más maravilloso es que las dos argumentaron en su respuesta “porque es muy flexible”.

Trato de ser flexible en los tiempos de entrega y en los múltiples formatos que usualmente se usan en la profesión. Me parece que no vale la pena desgastar la relación con los alumnos por detalles accesorios para poner atención a lo esencial, pero lo accesorio para mí de repente es esencial para otro docente con el cual comparto el grupo. Amo esta profesión porque formo parte del mosaico de profesores que forman a los futuros maestros de primaria, y de ese catálogo ellos tomarán lo que va con sus intereses y desecharán lo que no les gusta.

Me enamoré de una ilusión cuando estudiaba la primaria. Fui una niña que estuvo en contacto frecuente con la Normal y con los practicantes porque era alumna de la Escuela Urbana 108 “Práctica Anexa a la Normal”. Los practicantes llenaban mi salón y adornaban paredes y ventanas, utilizaban materiales en sus clases y nos daban dulces como recompensa, y en fechas especiales nos llevaban al Teatro Griego, glorioso recinto que a los ojos de una niña despertaron el amor por la escuela y por la profesión. Con los años la ilusión fue tornándose realidad y, como en todo enamoramiento, también hubo algunas desilusiones.

¿Se puede hablar de amar una profesión? ¿Qué es lo que se ama de la docencia? Erich Fromm califica al amor como arte que demanda conocimiento y esfuerzo. La ilusión y el enamoramiento nos colocan en una burbuja en donde todo es lindo y armónico, la realidad nos puede hacer una mala jugada si no atendemos al llamado del conocimiento y el esfuerzo. En mi primer año como maestra de primaria me di cuenta que esa imagen idealista que tenía de la docencia no era tal como yo la construí en mi niñez. Enseñar a leer a alumnos de primer grado requería mucho más que el gusto por los niños, era necesario el conocimiento y mucho esfuerzo. Nunca terminamos de conocer a nuestros alumnos, ni las demandas de la profesión, por ese motivo siempre tenemos que esforzamos. Ese esfuerzo tiene su recompensa porque crecemos junto con la profesión.

Amo esta profesión porque es dinámica y año con año me obliga a resignificarme como docente y formadora de futuros maestros de primaria. Si coincido en el trabajo con un grupo de estudiantes que ya fueron mis alumnos, ahora nos reconstruimos porque estamos trabajando con un curso diferente. Pero si me toca trabajar con el mismo curso que ya me ha tocado impartir, siempre es con un grupo distinto. En la docencia no hay espacio para repetirse, por eso amo esta profesión, cada semestre somos distintos, si nos lo proponemos.

Sólo con el conocimiento y el esfuerzo logramos seguir enamorados dice Fromm, y lo mismo pasa con la docencia. La “separatidad” o estado de separación genera angustia. Hay distintas formas de identificar esa separatidad en la docencia, lo que quiero hacer no es lo que hago, sin embargo, ser maestro tiene muchas ventajas: salario seguro, no morir en el camino y se recibe la pensión. Todavía en la Normal recibimos estudiantes, hijos de maestros, que entran a la carrera por estas razones, y está bien siempre y cuando logren ser uno, ellos y su profesión, que no estén separados sus anhelos y la práctica de la docencia.

No soy partidaria de la vocación ni de la visión mesiánica de la docencia, insisto en lo que dice Fromm, es muy importante el esfuerzo

que ponemos para construir nuestra profesión y aprender a amarla, con sus logros, retos y desilusiones. La unión de la profesión y la vida misma es el principio del amor, y eso no significa que sólo viva para trabajar, significa que la profesión le da sentido a mi vida, ese sentido de la existencia no lo busco fuera de mi profesión. El amor a la profesión genera placer. Amo mi profesión porque me permite hacer lo que me gusta hacer y compartirlo con otros.

Construir con otros la profesión es lo más difícil de la docencia. Las lecturas tan variadas que tenemos de la realidad nos obligan a negociar y tomar acuerdos, pero cuando sólo hay una interpretación de las cosas y se quiere imponer esa visión a todos los docentes, se despierta en mí un sentimiento de desilusión, impotencia y negación. Es común ver estructuras verticales en las instituciones del Estado, estructuras que en sí mismas son una contradicción cuando hablamos de educación. Cuando siento que me tratan como una adolescente que no puede tomar sus propias decisiones y me tienes que decir paso a paso lo que tengo que hacer, recuerdo esa definición de infancia cuando se concebía a los niños como “incapaces” y por eso otros tenían que tomar las decisiones por ellos.

Sin embargo, y a pesar de todo, amo esta confrontación, porque también nos permite esforzarnos y presentar posturas alternativas para que nos vean como adultos que toman decisiones y conocen muy bien sus consecuencias. Compartimos las riendas de la educación y más que favorecer una lucha de fuerzas, tendríamos que esforzarnos por actualizar la profesión. Que las cosas no cambien en las escuelas y sigamos haciendo lo mismo que en el siglo pasado, porque “siempre las hemos hecho así”, es falta de amor, es una costumbre y así puede continuar por años.

No nos podemos acostumbrar a tener un papel pasivo cuando amamos nuestra profesión, pero en ocasiones un punto de vista diferente molesta al otro, y entonces ya no somos moneditas de oro. El conocimiento y el esfuerzo nos hace amar más la docencia y proyectarla hacia el futuro de una manera diferente. Vaya mi reconocimiento y un abrazo a los docentes de todos los niveles educativos que se han

esforzado por atender a sus alumnos en condiciones de confinamiento, y que han reinventado la profesión en estos meses que encierro y de trabajo a distancia. El amor a la profesión es uno de los pilares que mantiene en pie a la educación en este país, y es tiempo de reconocerlo este 15 de mayo.

¡Felicidades a todos!